

Cristina Prada



Somos  
invencibles

# Somos invencibles

Cristina Prada

 matchstories

MatchStories es una colección de Esencia Editorial

© Cristina Prada, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

© Ilustraciones del interior: Tiaré Pearl

Primera edición: enero de 2023

ISBN: 978-84-08-26643-3

Depósito legal: B. 10-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.

*Printed in Spain* - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Si compras este libro y respetas las leyes de propiedad intelectual al no reproducirlo sin permiso, por ningún medio, total ni parcialmente, estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

# Capítulo 1



Helsey

Solo tengo dos reglas:

1. No te relaciones con el equipo de fútbol.
2. Nunca te conviertas en el centro de atención del campus, el instituto o la escuela media. Nunca te conviertas en el centro de atención ni siquiera en el jardín de infancia.

Las dos cosas están sobrevaloradas.

Estas normas inquebrantables son el motivo por el que rechacé ir a la A&M de Texas, la universidad donde estaba escrito que estudiaría, y di con mis huesitos en la LSU, la Universidad Estatal de Louisiana. Actualmente estoy cursando segundo de Ciencias Aplicadas... con unos «ligeros» cambios.

Mis padres lo entendieron. Bueno, mi madre lo entendió y ayudó a mi padre a entenderlo también. A cambio, les prometí que me quedaría relativamente cerca y Baton Rouge, donde está el campus, lo está de College Station, en Texas, el lugar donde nací y me crié y donde mis padres continúan viviendo.

En Texas el fútbol es la segunda religión, solo superada por la religión de verdad, así que sé muy bien por qué digo eso de «no te relaciones con el equipo de fútbol». Esos chicos solo saben pensar en fútbol, fútbol, chicas a las que les encanta que sean estrellas del fútbol y que harían absolutamente cualquier cosa por un minuto de su atención, popularmente conocidas como *groupies*, y, ah, otra vez el fútbol. No se puede

confiar en ellos. Y no hablo desde el rencor ni una experiencia dolorosa. Es conocimiento absoluto, rollo científico.

—Hola, chica de Louisiana —me saluda Luna, mi mejor amiga desde los seis años, al otro lado de la videollamada justo cuando estoy saliendo de Biología avanzada.

—Hola, chica de Texas —respondo con una sonrisa.

Todas las mañanas, da igual lo que pase, haya pasado o esté a punto de pasar, hacemos una videollamada. Es nuestra tradición.

—Estoy hasta las cejas de trabajo por culpa del profesor Kent —protesta—. Ese tipo es lo peor. Solo estamos en septiembre y ya ha conseguido que vuelva a odiar mi vida.

Sonríó mientras esquivo a una estudiante con una funda de chelo más grande que ella y me encamino a mi clase de Elaboración del discurso periodístico. Sí, soy consciente de que mi mezcla de asignaturas es un poco rara, pero tengo muy claro lo que quiero hacer y qué materias necesito para conseguirlo, aunque eso provoque que, cuando alguien le eche un vistazo a mi horario, piense que tuve una conmoción cerebral la mañana que elegí mis clases.

—Lo harás bien —contesto sin asomo de dudas—. Y el profesor Kent tendrá que reconocer públicamente que eres la mejor alumna que ha tenido jamás. Así que deja de agobiarte.

Me cruzo con unos chicos sin camiseta con letras gigantes pintadas en el torso. Veo una hache, una a y una o mayúsculas. Frunzo el ceño. ¿Qué palabra se supone que forman? Entonces otro llega corriendo y, al notar que los observo, se colocan en formación.

—¿LHOA? —murmuro confusa.

Ellos, supongo que al no obtener la reacción esperada, bajan la mirada a sus propios pechos y se increpan los unos a los otros mientras se recolocan.

—HOLA —musito leyendo el mensaje. Sonríó de nuevo—. ¡Hola! —los saludo.

—¡Hola! —responden al unísono.

—¿Ves? —le digo a Luna moviendo el móvil para que los chicos pancarta entren en su campo de visión—. Todavía hay gente que sigue borracha de la fiesta de bienvenida. Aún no puedes agobiarte. Está oficialmente prohibido —sentencio divertida.

—No me infravalores —me recuerda ella mientras se mueve hábil para esquivar a un grupo de jugadores de béisbol. Todos los deportistas son iguales, aunque los de fútbol son los peores con diferencia. La culpa la tiene el primer comentarista de la ESPN que dijo que eran guerreros modernos—. Soy capaz de agobiarme muy rápido si la ocasión lo merece.

Mi mejor amiga también tiene muy claro lo que quiere: ser la senadora electa por el estado de Texas más joven de la historia. No importa lo que nuestro orientador del instituto le explicó unas cien veces: para ser senador o congresista tienes que estar impecablemente relacionado. Ella se guardó la respuesta para su carta de admisión en la A&M: «Si empezamos a colocar en esos cargos a quien se esfuerza y lo merece en lugar de a quien únicamente tiene un bonito e histórico apellido, comenzaremos a obtener políticos que harán cosas por y para el pueblo y el país y no solo por los otros apellidos bonitos e históricos». ¿Qué puedo decir? Yo la votaría. Y alguien en la universidad debió de pensar lo mismo, porque le ofrecieron una beca completa.

Miro el reloj en la esquina superior derecha del teléfono. Tengo que echar a correr si quiero llegar a mi próxima clase. Luna se detiene al otro lado de la videollamada. Ella ya ha llegado a la suya.

—Te los vas a comer vivos —la animo risueña pero con una confianza absoluta. Mi amiga es la mejor—. Profesor Kent incluido.

Ella asimila mis palabras y finalmente sonrío.

—¿Estás segura de que no quieres cambiar de opinión respecto a tu futuro y convertirte en mi jefa de campaña?

Ahora la que sonrío soy yo al tiempo que niego con la cabeza.

—Me encantaría, pero tengo que encontrar una cura contra el párkinson, ¿recuerdas?

Eso es lo que quiero y voy a luchar cada día por conseguirlo.

Automáticamente pienso en mi abuelo Beau. Es mi persona favorita en el mundo y lleva combatiendo la enfermedad más de diez años. Los médicos no paran de decir que tiene el espíritu más inquebrantable y la fuerza de voluntad más grande que han visto jamás, porque no deja que el párkinson pueda con él. La primera vez que los oí decir eso tenía trece años y lo vi claro. Mi abuelo está peleando con uñas y dientes porque está

esperando a que yo encuentre una cura. Así que no voy a dejar de luchar y muy pronto vamos a poder volver a hacer juntos las cosas que más nos gustan: jugar con su perro *Bobby* en el porche de su granja, meter las manos en los sacos llenos de granos de trigo y sentir el ruido, el olor, la pequeña ventisca de partículas que se levanta contra los rayos de sol y, más que nada, leer libros en el salón.

Yo no tengo un coeficiente intelectual de doscientos sesenta ni un don para la medicina o la bioinvestigación, así que encontré la manera de ser útil y me lancé a por ello. Me estoy preparando para perfeccionar mi propio sistema de colaboración para el avance científico. Para los investigadores todo es demasiado abrumador. Tienen que buscar su propia financiación, escribir y encontrar quien publique sus artículos, dar charlas y rellenar millones de papeles. Esas cosas los alejan de lo único que quieren hacer y en lo que son unos hachas: investigar. La idea es que, a través de un programa informático y utilizando el trasvase de información en tiempo real que supone Internet, cualquier avance o investigación médica en cualquier país pueda ser comunicado y estudiado por otros científicos que aportarán su grano de arena. Dará igual si son reconocidísimos doctores de la clínica Mayo o profesores de instituto, importará lo que tengan que decir. Además, también habrá abogados para estudiar la legislación necesaria, economistas para conseguir fondos, periodistas para su divulgación, documentalistas para recoger y analizar datos... En un mismo lugar de la red podrán estar todos, despejando dudas y haciendo infinitamente más corto cualquier camino que nos salve de cualquier enfermedad.

Luna se encoge de hombros sin dejar de sonreír.

—Cierto —contesta—. Estamos destinadas a hacer de este mundo un lugar mejor.

—No lo olvides —le advierto señalándola.

Ella me devuelve el gesto.

—Puedes con todo, pequeña —me anima con una sonrisa de oreja a oreja, pegando su cara a la cámara.

—Y tú recuerda que eres increíble —la jaleo yo.

Las dos asentimos y nos despedimos antes de colgar. Esa también es parte de la tradición: nos llamamos por la mañana para darnos mensajes de

ánimo y asegurarnos una a otra que el día va a ser fantástico. A veces acertamos y a veces no, lo importante es la intención y, por supuesto, el optimismo loco.

    Mi sonrisa se ensancha. Y, definitivamente, echo a correr. ¡Tengo que llegar al otro lado del campus!

## Capítulo 2



Helsey

Cuatro clases, un seminario y un almuerzo a la velocidad del rayo después estoy corriendo de nuevo por el elegante camino adoquinado hasta llegar a uno de los tres edificios de la zona norte, los que están más cerca del estadio de fútbol.

Llamo a esta clase «mi pérdida de tiempo semanal», pero no me quedó más remedio que cogerla. En esta universidad los alumnos de cuarto y tercero eligen primero y se quedaron con la asignatura de bibliografía que necesitaba, por lo que me encontré con quince créditos que cubrir y solo dos opciones: Historia de las civilizaciones amerindias o Teoría del fútbol aplicada. Me quedé con la segunda porque, a pesar de que eso me coloca en un auditorio con prácticamente todo el equipo de fútbol, por mi historial familiar me será pan comido aprobarla y así puedo dedicar estas dos horas y media a ponerme al día y repasar el resto de las asignaturas que me importan de verdad.

—Claro que me la tiré —dice un chico más o menos de mi edad con la beisbolera negra de los Tigers, el equipo de fútbol de la LSU, parado junto a la puerta del aula.

Su compañero de emocionante conversación y chaqueta sonrío superorgulloso y se chocan la mano.

Me contengo para no poner los ojos en blanco. Fútbol y *groupies*. No les interesa nada más.

Ocupo mi sitio de siempre, ni en las primeras filas ni muy atrás, per-

dida en la masa de alumnos. No llamar la atención. Norma número dos. Inquebrantable.

Un par de jugadores de fútbol llegan a la puerta y se unen a la charla de los que ya estaban allí. Yo cojo mi boli de la suerte y me agacho para sacar de la mochila mi archivador y mi libreta.

Se oye un poco de jaleo. Más jugadores. A esta clase vienen básicamente dos tipos de estudiantes: uno, los jugadores del equipo de fútbol que saben que solo tienen que explicar en un papel lo que hacen en el campo y a veces ni eso, teniendo en cuenta que el profesor que imparte esta asignatura, el señor Miller, es el hinchita número uno de los Tigers, y dos, los fans del equipo o las chicas enamoradas hasta las trancas de cualquiera de los jugadores que creen que esta clase es la vía más directa para que uno de los integrantes del equipo se fije en ellas. Ay, si supieran que a estos tíos no se los gana con el intelecto y lo único que tienen que hacer es ponerse un vestido corto, ajustado y a poder ser de un color chillón, enroscarse un mechón de pelo en el dedo mientras lo miran con ojitos cándidos y, *voilà!*, billete exprés para Tigerville. El problema es que ese billete va acompañado de una palmadita en el culo a la mañana siguiente y un «ya te llamaré» cuando ni siquiera se ha molestado en fingir pedirle su número de teléfono.

Y después estoy yo... y un estudiante surcoreano de intercambio que no habla nuestro idioma. Supongo que somos el tercer tipo de alumnos de Teoría del fútbol aplicada. El equivalente a un «no sabe, no contesta» en una encuesta. Jugadores de fútbol. *Groupies*. Y los que acabaron en esta aula de la misma manera que Donald Trump en una convención de Naciones Unidas: sin saber muy bien por qué.

Se oye un poco de revuelo, manos chocándose... y está claro quién ha decidido honrarnos con su presencia: Tommy Taylor, el receptor abierto de los Tigers, una de las estrellas del equipo y uno de los capitanes.

Por supuesto ningún otro jugador entrará hasta que él lo haga. Todos se quedan hablando, comentando las mejores jugadas del partido del sábado por la tarde o de la fiesta del sábado por la noche. A mi lado un par de alumnas suspiran sin poder levantar la vista del capitán. A ver, no soy idiota y tengo ojos en la cara. Entiendo que estén encandiladas. El pelo castaño claro, casi rubio, los ojos azules y guapo a rabiar, con esos

rasgos traviosos, como si lo hubiesen diseñado para que todas las chicas de esta universidad pensaran que las hará reír y les echará el polvo de sus vidas, no a la vez ni en ese orden... o sí, no me va juzgar el rollo sexual de nadie. Y, claro, un jugador de fútbol universitario entrena cinco veces a la semana, una media de cuatro horas al día haga un sol de justicia, llueva o nieve, lo que inexorablemente le da un cuerpo de escándalo... Valeeee, puede que él sea un poco más mezquinamente atractivo que la media: uno ochenta, el toque justo de músculo y duro como una piedra; la piel suavemente bronceada, el inicio de un tatuaje escondido bajo la manga corta de su camiseta y el de una cadena plateada en su cuello.

Resumiendo: es guapo, mucho, y atractivo también, pero pertenece al equipo de fútbol, lo que lo convierte automáticamente en algo que *no-me-in-te-re-sa*. Además, en su caso también está toda esa seguridad que derrocha y ese punto engreído de saberse el rey del mambo de esta universidad. Un motivo más por el que jamás me salto mis reglas: todos los jugadores se creen que son un regalo divino, especialmente, para las chicas.

Helsey Morrison, contente otra vez para no poner los ojos en blanco.

De todas formas, no voy a negar que suspirar por el chico guapísimo que no sabe ni que existes es un deporte que he practicado más de una vez (y de dos) en mi vida. La última, el año pasado, por Luke Underwood, de mi clase de estadística. Era guapísimo y tenía la costumbre de echarse el pelo negro hacia atrás con la mano como si fuese una estrella del rock. Era una pasada. Así que entiendo a estas dos alumnas de primero que ya tienen las mejillas sonrojadas cuando Tommy Taylor ni siquiera las ha mirado.

—Ey —las llamo inclinándome hacia ellas.

Tardan como dos segundos de más en dejar de prestar atención a los del equipo y mirarme a mí. Las entiendo. El hechizo pro-Tigers aún estaba on.

—Si de verdad queréis que alguno de ellos se fije en vosotras, no les hagáis caso. Solo quieren lo que no pueden tener.

Sí. Es la técnica de apareamiento con un jugador de fútbol número dos. Ninguna de ellas tiene pinta de tener un vestido ajustadísimo y cortísimo en su armario de la habitación de la residencia.

—¿En serio? —pregunta una de ellas, la que parece escéptica y no esperanzada. La esperanzada ya se está imaginando casándose con Tommy Taylor.

Asiento. Esa estratagema falla menos que la aritmética. Porque, aquí, los reyes del mambo tienen el mecanismo sentimental de un crío de tres años: si no lo tengo, lo quiero; si sé que puedo tenerlo, ya no me interesa.

—¿Con cuántos chicos del equipo de fútbol has estado? —pregunta.

—Con ninguno —respondo abriendo mi archivador y, sobre él, mi libreta. El profesor debe de estar a punto de llegar y yo voy a aprovechar la clase para pasar a limpio mis apuntes de Anatomía y movimiento.

Ella frunce el ceño completamente confusa.

—¿Sabes cómo ligarte a uno de los jugadores del equipo y nunca lo has utilizado?

Me encojo de hombros.

—No me interesan —respondo como si no tuviese importancia, porque, básicamente, no la tiene.

Las dos, incluso la que ya estaba pensando el nombre de sus tres hijos, me observan como si acabase de salirme una segunda cabeza y estuviese recitando a Hamlet en checo.

—¿No te interesan?

—Ni un poquito.

No obtengo respuesta y, cuando me giro hacia ellas, ya ni siquiera me miran a mí. Frunzo el ceño. ¿Acaban de dar por hecho que soy la loca de los gatos?

Me planteo sacarlas de su error, pero no creo que sea posible, mucho menos ahora que Tommy Taylor y los Tigers han decidido entrar sin bajar un ápice el tono de su charla y comienzan a subir las escaleras hasta llegar a las últimas filas del auditorio.

—Uuuhhh, son chicos malos, se sientan detrás —comento burlona con una sonrisita.

Las dos me observan como si estuviera chalada, así sin paños calientes y sin ni siquiera gatos, y yo aparto la mirada.

Mi sentido del humor es siempre mi mejor carta de presentación.

—Buenos días, clase —nos saluda el profesor entrando por fin.

—Buenos días, profesor Miller —respondemos en un coro perfecto. Cualquiera diría que quedamos los martes por la tarde para ensayar.

—Antes de nada —nos pide con una sonrisa inmensa—, ¿visteis el partido de los Tigers contra Florida State? ¡Los machacamos! —se auto-responde agitando el puño y despertando el griterío de los jugadores y los vítores del resto de los presentes; incluso Jen, el estudiante surcoreano de intercambio, se apunta.

Resoplo. A veces pienso que debería haberme quedado con Historia de las civilizaciones amerindias. Seguro que habría aprendido a tejer mi propio poncho.



—Hola, Morrison —me saluda mi compi de trabajo y amiga cuando entro en la cafetería.

Está sentada en la estantería al otro lado de la barra con las rodillas cruzadas, el codo apoyado en ellas y la barbilla en la mano.

Todavía es temprano y solo hay un par de clientes. Esto no empieza a ponerse emocionante hasta dentro de una hora.

—Hola, Superclaire —la saludo pasando a su lado del mostrador.

Me quito la chaqueta vaquera y me quedo con nuestro alucinante uniforme. El sarcasmo es mi manera de vivir y lo he impreso todo en la palabra *alucinante*. Jim, nuestro jefe, es un enamorado de los *diners* de los años cincuenta, así que decidió que, en vez de ponernos sobrios mandiles negros y camisas del mismo color, iríamos como las camareras clásicas: vestido azul de botones blancos a juego con el dobléz de las mangas, las solapas del cuello y el delantal de la cintura, todo coronado con unas deportivas también blancas.

—¿Qué tal me queda? —me burlo metiéndome el bloc de notas en el bolsillo del mandil y colocándome el lápiz en la oreja.

—Jim te matará si te ve con el lápiz ahí —me recuerda Superclaire con el mismo entusiasmo con el que hace cualquier cosa en el trabajo.

—Es mi punto rebelde —contesto achinando los ojos divertida—.

Quiero pensar que soy capaz de enfrentarme al sistema de poder establecido.

La campanita de la puerta suena.

—¿Qué tal me queda? —pregunto girándome hacia la entrada.

No necesito comprobarlo para saber que la que acaba de entrar es Annie, nuestra otra compi y amiga.

Ella se detiene. Se lleva las manos a las caderas y ladea la cabeza para observarme mejor.

—Me gusta —da su veredicto—, pero creo que necesitas algo más arriesgado.

—¿Y si cambio el lápiz por un rotulador rosa chillón? —propongo.

—Permanente —sentencia ella.

—Y dibujaré cosas obscenas en las cuentas.

—Cosas... ¿como un pene? —plantea un pelín horrorizada.

Annie es la cosa más ingenua que ha conocido en el estado de Louisiana.

—O dos perros montándoselo —replico encogiéndome de hombros—. Depende de cómo de creativa me sienta.

No pasa ni un segundo entero y las tres rompemos a reír.

Tengo una beca para estudiar en la LSU, pero no es una beca completa, así que necesito trabajar para costearme el resto de los gastos... como comer, pequeño detalle de esos megaimportantes. Por suerte, encontré este curro y las encontré a ellas. Todo, incluido el uniforme, es mucho más divertido si lo haces con amigas.

—¿Suzanne va a pasarse hoy? —me pregunta Annie deliberadamente alto mientras limpiamos unas mesas, dejándolo todo listo para la avalancha de clientes.

Sonrío. Sé por qué ha usado ese tono y no otro. Sabemos que Suzanne, mi compañera de laboratorio, es el *crush* de Superclaire y de vez en cuando o todos los días, depende de si le preguntas a ella o a nosotras, tratamos de darle un empujoncito para que se atreva a pedirle una cita.

Pero Superclaire, reponiendo los azucareros a un par de mesas de distancia, finge no oírnos.

—No lo sé —respondo casi gritando también—, pero hoy estaba como superguapa y se ha teñido el pelo. Le queda genial.

Ninguna reacción.

—¿Se ha teñido el pelo? —plantea Annie simulando que esta conversación es azar y nada más. Annie tiene que tomar clases de interpretación urgentemente—. ¿Crees que pretende impresionar a alguien?

—No lo sé... pero podría ser.

Las dos volvemos a mirar a Superclaire. Nada de nada.

—Oh, vamos —gruño frustrada—. ¿Por qué no le pides una cita? —la increpo desde mi mesa.

Vale, puede que Annie y yo no siempre seamos precisamente discretas.

—¿Y vosotras por qué no os metéis en vuestros asuntos? —contraataca ella.

Yo resoplo como una niña pequeña. Es que creo que harían muy buena pareja. Además, Suzanne es muy divertida y agradable, lo que me asegura que no tendré que aguantar a una borde como novia de mi amiga. Eso siempre es un punto a su favor.

—Venga —digo echando a andar hacia Superclaire—. Estoy segura de que seríais megafelices.

Y no sé si es por la palabra *felices* o porque con este uniforme muchas veces me siento como si estuviese en un vídeo musical de Taylor Swift, pero empiezo a dar saltitos y palmaditas y a mover las caderas de lado a lado para... no sé muy bien para qué, seguramente para animarla y, como he dicho, porque estoy poseída por el espíritu de Taylor Swift y creo que ella tampoco tiene muy claro dónde pretende llegar cuando baila. Ahora mismo soy miss *Shake it off*.

Lo que bajo ningún concepto calculo es que la avalancha de gente vaya a llegar un poco antes esta noche, que la puerta se abra en mitad de mi improvisada coreografía haciendo sonar la campanita de nuevo, aunque yo ni siquiera la oigo hasta que es demasiado tarde y cinco jugadores del equipo de fútbol se quedan observando mi superdesbordante talento para el baile.

Tommy Taylor entre ellos.